

cion de Jefferson de eludir la lucha por lo ménos hasta que él dejara de ser presidente.

Llegado el día en que terminaban los ocho años de la administracion de Jefferson, contábase dos candidatos para sustituirle, Madison y Monroe, los dos pertenecientes al partido democrático y naturales de Virginia; mas el primero era el que reunia mayores probabilidades, pues sabíase muy bien que continuaria la política de su predecesor, en cuyo gabinete ocupaba, como ya hemos dicho, el primer cargo. Efectivamente, en la reunion que tuvieron los demócratas de la legislatura de Virginia para resolver á quién se conferiria el primer cargo de la República, Madison obtuvo la gran mayoría de los votos, y en su consecuencia fué elegido para el cargo de presidente, obteniendo Jorge Clinton el de vice-presidente. Monroe no alcanzó más que tres votos (1809).

Madison se encargó del gobierno en uno de los períodos más críticos que se recordaban en la historia del país, pues tal había sido la marcha de los acontecimientos bajo la administracion de Jefferson, que difícilmente se podía evitar la guerra con la Gran Bretaña, como ya indicamos ántes, pues no solamente los ingleses sino tambien los franceses tenían formada una idea muy errónea del espíritu y energía que animaba al pueblo de los Estados Unidos.

La primera medida del nuevo presidente fué restablecer el uso de las recepciones, suprimidas por su predecesor so pretexto de que tenían cierto color aristocrático; y gracias á la solicitud de su esposa, la casa del nuevo presidente se convirtió en centro de las más brillantes y agradables reuniones. En las que se celebraban en otro tiempo en casa de Washington siempre había predominado una etiqueta demasiado ceremoniosa, aunque digna, que con frecuencia resintió á los individuos del partido democrático; pero Madison supo conciliar la franqueza con el buen tono y las conveniencias sociales, aunque no era muy comunicativo. Por lo regular tenía el aspecto impasible y tranquilo; y en la conversacion, su palabra era lenta y grave; pero su esposa, con ese tacto y experiencia que había adquirido desde que era compañera de Madison, dispensaba á todos las más delicadas atenciones, atrayéndose las simpatías de cuantos la conocían, pues siempre supo evitar los resentimientos del amor propio. Comprendía que era necesario mantener las buenas disposiciones de los amigos de Madison, desarmar ó suavizar á los adversarios políticos, y hacer á todos, cualesquiera

que fueran sus opiniones, una acogida benévola y obsequiosa.

Las relaciones exteriores y la proteccion de los intereses nacionales eran para el presidente el asunto que más le preocupaba. En medio de la encarnizada lucha de Inglaterra y Francia, los buques americanos eran registrados continuamente, embargábanse los cargamentos, y se reclamaban los marineros como súbditos ingleses, cuando no se les hacia prisioneros. Por otra parte, las fronteras del Oeste habían sido invadidas y asoladas por tribus indias, á las cuales se impulsaba sin duda por el oro y las intrigas de la Gran Bretaña. De aquí resultó un cambio incesante de notas diplomáticas, de reclamaciones y quejas; y como el gobierno inglés proseguía inflexible su política de vejaciones y de guerra contra los neutrales, sin dar satisfaccion alguna, ó si acaso insuficiente, la irritacion creció de punto en los Estados Unidos; de modo que las amenazas se repetían de continuo en la prensa y en la tribuna, presagiando un rompimiento.

A decir verdad, la primera presidencia de Madison no fué más que el preámbulo de la guerra; y era tal la exasperacion de los ánimos que un ligero incidente la hizo estallar ántes.

Un buque americano se había encontrado durante la noche en la bahía de Chesapeake con una fragata inglesa: en la oscuridad, el comandante americano hizo la señal para ponerse al habla, pero el capitán inglés contestó á cañonazos. Madison aprovechó aquella oportunidad para anunciar al Congreso que la Gran Bretaña no quería renunciar á sus supuestos derechos sobre los buques americanos, y pidió que se adoptaran medidas de represion. Entónces el gobierno votó la guerra por una gran mayoría (junio 1812), y la noticia se recibió con gran entusiasmo en los Estados del Oeste; pero en los de Nueva Inglaterra, y en las grandes ciudades comerciales, cuya principal industria era la navegacion y las pesquerías, la resolucion del gobierno produjo la mayor consternacion. El ejército regular de la República sólo constaba de 5,000 hombres, la escuadra era poco considerable, y el tesoro no estaba dispuesto para gastos extraordinarios.

A pesar de todo, Madison comunicó la mayor actividad á los departamentos de la guerra y de la marina; y en muchos Estados las milicias tomaron las armas para atender á la defensa. Las hostilidades por mar y tierra se prolongaron dos años sin resultados decisivos

por una ú otra parte; algunas negociaciones que al mismo tiempo se intentaron no condujeron tampoco al fin que se deseaba, pues los ministros americanos tenían orden de exigir como condicion *sine qua non* la completa renuncia á la facultad que se arrogaban los oficiales ingleses de apoderarse de los marineros.

Hacia ya tiempo que el almirante inglés Cockburn había amenazado atacar á Washington, pero ni el secretario de la Guerra ni los demás individuos del gobierno creyeron nunca que esto podría realizarse, no sólo porque en su concepto se hallaba suficientemente defendida la ciudad, sino porque no se pensó que los ingleses osaran acometer semejante empresa, aunque contarán con fuerzas numerosas para atacar la capital de los Estados Unidos.

El Presidente, que había recibido por varios conductos confidencias de que en efecto se proyectaba un ataque contra Washington, adoptó las medidas necesarias, disponiendo que se reuniera el mayor número de tropas regulares para la defensa; pero desgraciadamente el mando se confió á jefes de poca pericia militar. Contra todo lo que se esperaba, los ingleses, despues de haber sembrado la devastacion en varios puntos, presentáronse á la vista de Washington, derrotaron á las tropas acampadas en las inmediaciones y avanzaron contra la ciudad. La primera noticia de esta invasion se recibió por los fugitivos americanos que iban buscando un refugio, sin ánimo para hacer frente al enemigo. El pánico cundió al punto por la ciudad, donde ya se abrigaban sérios temores; el Presidente huyó despues de recoger sus papeles más importantes y el retrato de Washington, de cuerpo entero, que aún adorna hoy el Capitolio; el general Armstrong se refugió en una casa de labranza; los demás miembros del gobierno buscaron un asilo donde mejor les pareció, y entre tanto, varios empleados de la administracion guardaron en sitio seguro los documentos más importantes. La ciudad de Washington quedó expuesta al saqueo ántes de la llegada del enemigo, y por algun tiempo reinó la más espantosa anarquía en la capital de los Estados Unidos.

En tal estado de cosas, y á eso de las ocho de la noche, penetró en la desierta ciudad el general Ross acompañado de Cockburn y unos doscientos hombres; los ocho ó diez mil habitantes de Washington habían huido en su mayor parte ántes de llegar el enemigo. Cuando éste iba avanzando por las calles, un descono-

cido disparó un tiro desde la casa de Mr. Serwall, y mató el caballo del general inglés; esta fué la señal de empezar la obra de destruccion. La soldadesca asaltó inmediatamente la casa; se pegó fuego al Capitolio, donde quedó reducida á cenizas la biblioteca del Congreso con otros muchos documentos públicos de gran valor; la residencia oficial del Presidente, así como las oficinas del Tesoro y las del Estado, sufrieron la misma suerte, y por último se destruyó un gran número de cañones y se clavaron otros ó se arrojaron al rio juntamente con una gran cantidad de balas, bombas, granadas y cartuchos. Tal había sido el terror de los americanos que, al proceder á la destruccion de los efectos navales, dejaron varios centenares de cañones de hierro sin tocar; y no sólo estas piezas sino tambien el arsenal, que estaba cerca de allí, se salvaron de la locura de ingleses y americanos.

Miéntas el ejército británico se hallaba en Washington, notáronse señales de una próxima tormenta, que en efecto estalló por la noche, y al mismo tiempo comenzó á soplar un huracan espantoso, que hizo estragos en la ciudad, pues comunicándose las llamas que envolvían al Capitolio á otros varios edificios, declaróse una terrible conflagracion que amenazaba destruir la ciudad entera. El resplandor de los relámpagos, el estruendo de los cañones, la explosion de los depósitos de pólvora y el fragor de los truenos aumentaban la grandiosidad de aquella escena imponente.

Al otro día por la mañana continuó la obra de destruccion: el departamento de la Guerra fué incendiado; el mismo Cockburn dirigió el saqueo de las oficinas del periódico: *El Avisador Nacional*; el gran puente del Potomac quedó tambien destruido, y habiendo caído por casualidad una tea encendida en un pozo seco del arsenal de Greenleaf's Point, destinado á depósito de cartuchos, pólvora y otros combustibles, se produjo una terrible explosion, á consecuencia de la cual quedaron destruidas varias casas contiguas, muriendo una porcion de soldados que se hallaban cerca del lugar del siniestro. Tambien sufrieron mucho las casas particulares por los abusos de los invasores, pero merced á la intervencion del general Ross, quien segun parece se avergonzó de aquella devastacion, no fueron las depredaciones tan numerosas como lo deseaba Cockburn (1).

(1) El valor de lo que se destruyó en Washington excedía de dos millones de duros. No tenemos datos para calcular las pérdidas sufridas por los particulares en aquella desgraciada invasion.

Al hablar de la toma de Washington y de los hechos ocurridos el día en que tuvo lugar este acontecimiento, el cronista Mr. Gleig refiere lo siguiente:

«Inútil me parece decir que la consternación de los habitantes había llegado á su colmo y que aquella noche fué para ellos terrible. De tal modo confiaban en la victoria de sus tropas, que muy pocos trataron de abandonar sus casas, ni mucho ménos la ciudad, y hasta que los primeros fugitivos del campo de batalla comenzaron á llegar á Washington desalentados, ni aún el mismo Presidente pensó en atender á su seguridad personal. Madison había ido por la mañana á revistar las tropas, entre las cuales estuvo hasta que se anunció la llegada de los ingleses; pero, bien fuese porque la vista del enemigo resfriara su valor, ó bien por otra causa cualquiera, que esto yo lo ignoro, ello es que al ver brillar las armas de los invasores pareció de pronto que su presencia era más necesaria en el Senado que en el campamento, y después de exhortar á todos á que cumplieran con su deber, se marchó á su casa diciendo que iba á preparar un banquete para obsequiar á los oficiales cuando volbiesen coronados con los laureles de la victoria.

»La comida preparada para los oficiales americanos sirvió para satisfacer el ménos delicado apetito de un destacamento de soldados ingleses. Al dirigirse algunos de estos á la casa de Mr. Madison para destruirla, encontraron en el comedor una mesa preparada con cuarenta cubiertos; veíanse allí numerosas botellas de cristal llenas de exquisitos vinos, grandes fuentes de porcelana acercadas al fuego, cuyo contenido despedía un olor agradable para todo estómago hambriento; los cuchillos, tenedores y cucharas, los platos y las botellas, todo estaba simétricamente colocado como para empezar un banquete; y por lo que hace á la cocina, las cacerolas, los asadores y demás utensilios del arte culinario se hallaban bien provistos de abundantes viandas destinadas al espléndido festín; pero todo indicaba que los cocineros habían abandonado precipitadamente aquel lugar poco tiempo antes. El lector comprenderá fácilmente que los hambrientos soldados no miraron con indiferencia todos aquellos preparativos, pues una elegante y succulenta comida, era un exceso de lujo al cual no estaba aquella gente acostumbrada, si bien les pareció muy conveniente para reponerse de los trabajos y fatigas del día. Los soldados tomaron pues asiento al rededor de la

mesa, no de una manera tan ordenada y cortés como lo hubiera sido la de aquellos á quienes estaban destinados los manjares, pero sí con la satisfacción y alegría de unos aldeanos que asisten á una fiesta cívica; y después de satisfecho su apetito, sin haberse quejado en lo más mínimo de la habilidad del cocinero, acabaron de apurar los vinos y pegaron fuego á la casa donde *con tanta liberalidad se les acababa de hospedar.*»

El peligro, y sobre todo la indignación que produjo este acontecimiento, hiriendo en lo más vivo el orgullo nacional, inflamaron todos los ánimos; y el patriotismo hizo olvidar las divisiones de partido. Numerosas milicias, acudiendo presurosas á los puntos amenazados, obtuvieron algunas señaladas ventajas en los combates de Baltimore y de Plattsburg: y esto permitió á Madison reanudar honrosamente las negociaciones interrumpidas con el gabinete de la Gran Bretaña.

Lord Castlereagh exigió, sin embargo, como condición absoluta la cesión de un considerable territorio y el abandono de los ríos y lagos que servían de fronteras á los Estados Unidos; pero como el Congreso rechazara semejantes condiciones, la guerra continuó. Los ingleses concentraron entonces sus fuerzas hácia el Sud, donde sufrieron algunos descalabros; se les arrojó de Pensacola, así como de la desembocadura del Mobila, donde en vano atacaron un fuerte; y sufrieron otra derrota en Nueva Orleans, gracias á la pericia del general Jackson, que derrotó á los ingleses, muriendo su general en jefe durante la batalla.

Después de estas victorias, Madison se apresuró á enviar á Europa embajadores de reconocido talento y sinceramente deseosos de la paz; las negociaciones se reanudaron; y al fin, reunidos en Gante los plenipotenciarios de ambos gobiernos, firmaron en 24 de diciembre de 1814 el tratado que lleva el nombre de aquella ciudad, y que puso fin definitivamente á las hostilidades. Los límites entre el Canadá y los Estados Unidos se fijaron de una manera algo vaga, pero más en favor de estos últimos; y solo ofreció alguna dificultad la cuestión de las presas marítimas, que Inglaterra reivindicaba á pesar de las protestas contra este abuso.

Después de firmada la paz, el fin de la administración del Presidente fué próspero y tranquilo, aunque el partido federal, que había desaprobado la guerra, prosiguió en su oposición, haciendo los mayores esfuerzos para agitar

la opinión pública y cambiar la mayoría del Congreso. Aunque hubieran conseguido esto último, el Presidente y sus ministros habrían continuado en el desempeño de sus funciones hasta que se cumpliera el término legal.

Madison había merecido los honores de la reelección, aunque no sin alguna dificultad por parte de sus adversarios políticos. Pero su administración no duró los ocho años completos. En 1817 se retiró á Virginia, donde estaba la hacienda de su familia, y donde se deslizaron tranquilamente los veinte últimos años de su existencia. Los actos de su administración, así como los de todos los Presidentes, fueron más tarde objeto de críticas más ó ménos apasionadas y severas; pero no se debe olvidar cuál era su origen. El partido federal, unido en las elecciones hácia el año 1800, aspiraba á recobrar el poder, y para ello hacía una oposición tan hábil como vigorosa. El tiempo hizo justicia á tales ataques, y podría decirse que, aún antes de la muerte de Madison, la opinión pública veía en él un verdadero patriota que siempre estuvo animado de las intenciones más puras; que colocado á la cabeza del gobierno, siempre administró con tanta sabiduría como habilidad, y que en todo caso dió pruebas de poseer las más altas cualidades de un eminente hombre de Estado, y las virtudes más envidiables en su vida privada.

Una vez en su retiro, Madison se consagró á los trabajos de la agricultura, á sus libros y á sus amigos, sosteniendo á la vez una continua correspondencia con las personas más notables de su partido. Amante de las ciencias naturales, dedicaba á su estudio todas sus horas de ocio. Algunas veces visitaba á su amigo Jefferson, retirado también en Monticello, pueblo distante una hora de la morada de Madison. Aquellos dos hombres, después de haber recorrido honrosamente una larga carrera pública, ejerciendo ocho años el primer cargo en el gobierno del país, en una época tan difícil como borrascosa, hallábanse ahora reunidos en la dignidad y el reposo de la vida doméstica, rodeados de los objetos de su cariño y disfrutando de todos los goces que pueden proporcionar la filosofía y el cultivo de las letras y de las ciencias.

A Jefferson le tocó antes que á su amigo pasar á mejor vida, y al abrirse su testamento encontróse la siguiente disposición: «Dejo á mi amigo

Jacobo Madison mi reloj de oro, como prenda de la amistad que durante cerca de medio siglo nos hizo trabajar de concierto en lo que al parecer debía asegurar la mayor felicidad de nuestro país.»

En 1829, cuando la constitución de Virginia fué sometida á una revisión, Madison consintió en asistir al Congreso que se reunió; pero ya tenía cerca de ochenta años, y el estado de su salud no le permitió tomar una parte muy activa en los debates; su principal objeto era contribuir con sus consejos á conciliar los partidos, cuyas pasiones é intereses opuestos amenazaban comprometer la tranquilidad del Estado.

Madison desempeñó también por entonces el cargo de inspector de la universidad de Virginia, sustituyendo después á Jefferson como rector. Como ya hemos dicho en otro lugar, su constitución era naturalmente delicada, y aunque se había debilitado mucho por la edad, llegó á los 85 años conservando hasta el último día, 28 de junio de 1836, su espíritu activo, su excelente memoria y su amena conversación. Era reservado con los extranjeros, lo cual consideraban unos como orgullo, y otros como frialdad; pero cuando se llegaba á conocerle bien, muy pronto se borraban estas primeras impresiones. Como político, había procurado siempre mantenerse en la mejor inteligencia con los diversos partidos, guiándose por el sentimiento de su amor á la popularidad. Habíanle preocupado siempre mucho las irritantes discusiones entre el Norte y el Sur (Estados libres y Estados esclavistas), sobre el asunto de la esclavitud, y aconsejaba con la mayor solicitud un arreglo, como si previese la extremada gravedad que debía tener más tarde esta temible cuestión.

Como escritor, muy pocos igualaron á Madison entre los hombres de la república americana, y en los Estados Unidos se hacen grandes elogios, no sólo de la profundidad de sus pensamientos sino también de su elocuencia y de su estilo hasta en los más insignificantes documentos oficiales. Con sus escritos se formaron seis volúmenes en octavo.

Cuando se anunció la muerte de Madison al Congreso, por medio de un mensaje del general Jackson, entonces presidente, rindiéronse los más nobles y elocuentes tributos á su memoria.